

Religiones, Pluralismo y Paz

Comisión Teológica Internacional de la ASETT-EATWOT

La sociedad actual se ha vuelto una sociedad enormemente plural, en lo cultural y en lo religioso. Ello se ha convertido en una fuente de conflictos permanente. Resulta un tópico la opinión de que hoy vivimos un «choque de civilizaciones» y de religiones. Es reconocido tanto el papel negativo que las religiones han jugado tradicionalmente en los conflictos, cuanto el papel pacificador y sanador decisivo que podrían jugar si decidieran asumir una visión positiva y lúcida ante la pluralidad. Es sobre esta «visión» o «teología» pluralista necesaria para que las religiones se alíen al servicio de la Humanidad y del planeta sobre lo que queremos reflexionar. No habrá paz en el mundo sin paz entre las religiones, y no habrá paz entre las religiones sin una visión teológica pluralista

Pluralismo, signo de los nuevos tiempos

En los últimos tiempos la sociedad humana se ha «mundializado», llegando por primera vez a un grado notable de unificación a nivel planetario, abarcando gran parte de las grandes sociedades humanas. Y cada sociedad local, por un proceso de multiplicación de comunicaciones y migraciones, se ha ido interpenetrando con las demás, pasando a ser sociedades internamente plurales, tanto en lo cultural como en lo religioso. Nunca antes los seres humanos habían tenido tanta posibilidad de convivir con diversidades culturales que hasta ahora habían vivido ancestralmente aisladas cada una en su ámbito exclusivo. Las sociedades tradicionalmente mono-culturales y mono-religiosas han desaparecido, irreversiblemente. Una nueva característica dominante de las sociedades humanas actuales es la de su pluralidad, cultural y religiosa.

Pero esta pluralidad no se deja experimentar sin conflicto. Son conocidas las agudas tensiones interculturales que se viven en varias regiones del mundo, y el llamado «choque de civiliza-

ciones», situación de la que sólo últimamente nos hemos hecho conscientes a nivel planetario, y de la que no puede ignorarse su dimensión religiosa. Los conflictos religiosos, las «guerras de religión» son de larga data en nuestra historia humana. Pero hoy toda la conflictividad inter-cultural y religiosa no se da sólo entre grandes bloques civilizacionales, sino también al interior de la micro-convivencia social, en las ciudades, los barrios, las comunidades, incluso en las familias.

Por otra parte, y quizá en parte como efecto de esa larga experiencia histórica de conflictividad religiosa, grandes sectores de la sociedad moderna se han abierto a una nueva conciencia, de tipo pluralista, que desconfía de la posibilidad de que una cultura o religión detente la existencia de unos valores únicos, absolutos, válidos y obligatorios para toda la humanidad; una nueva mentalidad que opta convencidamente por la pluralidad, por la validez positiva pero relativa de todas las realizaciones culturales y religiosas de la humanidad. Se puede decir que, en alguna medida, esta nueva mentalidad forma parte ya de la conciencia humana mundial, marcando una tendencia creciente e irreversible. Es un nuevo signo de los tiempos, que pone fin a toda una época de la humanidad en la que era posible que los pueblos concibieran la globalidad de la realidad sobre la base de sus valores particulares propios, imaginados como únicos, absolutos y universales.

Las religiones vienen de un mundo singular y totalizante

En efecto, las religiones que hoy conocemos surgieron y se consolidaron en aquella época pre-pluralista que decimos que está acabando. Surgieron en ámbitos culturales diferentes, y a pesar de los grandes viajeros, las corrientes migratorias y los influjos e intercambios que nunca dejaron de existir (y que explican que de hecho la mayor parte de las religiones sean sincréticas, incluso sin saberlo), no obstante, durante mucho tiempo, milenariamente, vivieron de hecho aisladas, cubriendo en solitario todo su mundo cultural regional. Elaboraron su patrimonio simbólico desde un marco epistemológico, es decir, desde una forma de conocer, que permitía reconocer a su propia verdad local los valores de absolutez y unicidad, convirtiéndola pues en una Verdad universal, válida para todo el mundo y para todos los tiempos. Algunas de las religiones se comprometieron más con una búsqueda doctrinal y hasta dogmática, poniendo con frecuencia el acento más en la

«explicación» teórica que en la experiencia espiritual; otras se enrumbaron preferentemente por los caminos de la experiencia mística, más tolerantemente, y sin afanes dogmáticos. Aunque siempre estuvo presente la espiritualidad, en realizaciones muy diversas, convendría reevaluar su presencia y retomarla como el eje central de la religión, más allá de las explicaciones teóricas dogmatizantes, que siempre aíslan, dividen y enfrentan.

En el marco de aquella epistemología proveniente de los tiempos del aislamiento de las religiones, las más doctrinales se convirtieron en religiones totalizantes, sistemas de pensamiento que se constituían en la base única, total e indiscutible de conocimiento, y a los que -según la exigencia oficial- se debía adhesión doctrinal ciega e indubitable. Todavía hoy muchos de los adherentes a estas religiones, y las sociedades mismas que las abrazan, viven instalados en un pensamiento religio-céntrico fuera del cual no pueden dialogar con otras verdades. Sólo su religión es «la Verdad», y al margen de ella no pueden reconocer la existencia de otras «verdades», en plural.

Esta configuración epistemológica ha llevado históricamente a los conflictos religiosos y culturales, haciendo muy difícil el diálogo religioso y la adopción de una conciencia pluralista por parte de las religiones y sus miembros más abiertos. Hasta el día de hoy, no pocas religiones desconfían de la actual situación de pluralismo, temen el diálogo inter-religioso, o lo consideran impracticable a fondo, admitiéndolo sólo de forma reducida, como un diálogo inter-cultural útil para la convivencia social, pero que no puede afectar en nada a sus propias convicciones religiosas. Estas dificultades no se dan sólo entre religiones, sino dentro mismo de ellas, entre corrientes, familias espirituales y tendencias ideológicas diferentes, entre mayorías y minorías... e influyendo en todo ello las cuestiones étnicas y culturales, las hegemonías políticas, los intereses económicos...

Estas dificultades afectan -en forma y en grado diferente- a las principales religiones mundiales, y esta situación de conflictos y de falta de diálogo religioso a nivel mundial repercute muy negativamente en auto-aislamiento, rivalidad y proselitismo, y sobre todo, en falta de cooperación para el Bien Común de la Humanidad y del planeta, lo que, por cierto, en esta hora nueva de emergencia ecológica que atravesamos al inicio del siglo XXI, hace que resulte

dramático ver unas fuerzas vivas de la Humanidad como las religiones, abdicando de hecho de sus principales deberes para con ella.

Para salir de esta situación, para hacerse capaces de dialogar y de unir fuerzas y misión al servicio de la Humanidad y del planeta, las religiones necesitan afrontar este problema epistemológico que las incapacita para dialogar y para asumir la conciencia pluralista moderna. Mientras no den este paso, no podremos contar con las religiones como lo que tienen que ser: fermento, animación, empuje y liderazgo en el progreso de conciencia de la humanidad.

Ampliando la perspectiva epistemológica de las religiones

Papel singular de esperanza representan en esta situación los teólogos y teólogas, y tantas las personas religiosas que desde hace tiempo estamos tratando de ayudar a superar estas dificultades, dialogando entre nosotros, e incluso dialogando dentro de nosotros mismos. Como miembros de esta sociedad actual, hemos ido haciendo nuestra, de un modo casi imperceptible aunque esforzado y laborioso, su conciencia pluralista, fruto de la perspectiva histórica acumulada a lo largo de los tiempos en sus experiencias positivas y negativas respecto a las religiones. Epistemológicamente, es decir, en cuanto a la forma de conocer, muchas personas y comunidades hemos logrado ya desprendernos del religio-centrismo espontáneo en el que prácticamente todos fuimos configurados por nuestras respectivas religiones. El mundo es ancho, y la historia viene de muy antiguo, pero cada vez conocemos mejor las religiones, su surgimiento, sus mecanismos de funcionamiento, su acceso y su manejo de la verdad (su epistemología), así como las limitaciones reconocidas de que pueden adolecer.

Este conocimiento cada vez más amplio de las religiones nos permite a cada uno poner la nuestra en un contexto más amplio, y más profundo: así contempladas, vemos que las religiones son respuestas diferentes al Misterio ante el que se sitúa la existencia humana, que late en cada corazón humano y que puja por ser acogido y venerado, expresado y cultivado. La casi infinita variedad de expresiones religiosas (creencias, mitos, ritos, doctrinas, expresiones místicas...) que la humanidad ha producido a lo largo de su historia y que nunca habíamos conocido con tanta extensión y profundidad como hoy día, nos sobrecoge y nos llena a la vez de un sentimiento de anonadamiento, de reverencia admirada y de pequeñez humilde. Es una riqueza invaluable la que hemos

recibido en herencia, y toda ella nos pertenece a todos los seres humanos, es decir, está a nuestra disposición, sin límites. Las religiones, presentes y pasadas, son todas ellas patrimonio indivisible de la Humanidad: son nuestras, tuyas, mías, de toda persona que viene a este mundo, que tiene derecho a enriquecerse con su sabiduría ancestral y sus recursos morales y espirituales.

Nuestra identidad religiosa, configurada por la religión en que fuimos educados, queda enmarcada y realizada así con esta ampliación del conocimiento religioso que sólo nuestra generación ha podido experimentar: desde nuestros ancestros hasta nuestros abuelos, no pudieron nunca experimentar la amplitud del conocimiento religioso de que hoy gozamos nosotros. Somos afortunados de poder conocer e incluso saborear toda esta riqueza religiosa que ha configurado a los seres humanos, a sus pueblos y sus sociedades, elevándolos por encima de sí mismos hacia su realización más alta.

Hemos superado el exclusivismo

Durante milenios, con más o menos radicalidad, la mayor parte de las religiones han creído ser el centro del mundo, su interpretación correcta, la Verdad... frente a la cual, en no pocos casos, se arrogaban el privilegio de ser además su realización única, «exclusivamente nosotros».

No podemos olvidar el hecho macizo de que durante muchas épocas de la historia este «exclusivismo» (este pensar que «exclusivamente nosotros tenemos la verdad») ha servido para justificarnos como salvadores de los demás pueblos, lo cual ha justificado imposiciones religiosas, y con ellas, imposiciones también culturales, lingüísticas, políticas, además de legitimación de conquistas, sometimientos, esclavitud, avasallamiento de culturas... La «visión» religiosa de aquellos antecesores nuestros, su visión o teología exclusivista, fue la responsable de aquellas conductas arrogantes, egocéntricas, despreciadoras y opresoras para con los demás. Y no fue un error sólo de una época, ni de una corriente minoritaria, ni fue una opinión teológica lateral o secundaria, sino una doctrina proclamada solemnemente, de un modo sostenido en el tiempo, y por la que se cometieron verdaderas atrocidades.

Aunque, lamentablemente, en no pocos lugares del mundo, todavía en la actualidad se perpetúa esa visión, hoy somos mu-

chos los que vemos claramente que aquel exclusivismo religioso fue un espejismo, un efecto óptico, una forma de mirar equivocada. Así les pareció ver a las religiones, sin hacer demasiados análisis sobre las influencias de nuestros intereses egoístas en la gestación de nuestras propias visiones teológicas... Hoy nos parece ver con claridad el carácter limitado, condicionado, y a veces subconscientemente malintencionado de nuestras elaboraciones teóricas, incluso en el campo religioso. Lo cual nos hace autoexigirnos una mayor vigilancia crítica en la elaboración de nuestra visión teológica, y una voluntad decidida de revisar, a estas alturas de la historia, todas las doctrinas y visiones que conlleven alguna de esas consecuencias negativa, porque de un árbol bueno no puede producir frutos malos: si de una visión teológica se derivan consecuencias negativas o inmorales -como es y ha sido el caso del exclusivismo en la historia y en el presente-, esa doctrina o teología ha de ser reconsiderada y revisada.

Accedemos a una visión pluralista de las religiones

Reconocemos que la causa principal que está provocando toda esta transformación de nuestra manera de ver, vivir y sentir la religión radica en la misma transformación de la sociedad humana, que ha ampliado su conocimiento, y tiene de las religiones una experiencia mucho más amplia y muy diferente a la que tuvieron nuestros antepasados. Estamos en otra época. El ser humano conoce de otra manera. No podemos ser religiosos de la misma forma. Hemos accedido a una conciencia planetaria, que por su mundialización rompe los etnocentrismos, y se le evidencian como ilusorias las pretensiones o reivindicaciones particulares de privilegio, de superioridad, o de absolutidad. Este nuevo ser humano de hoy al que nos referimos, sólo puede ser religioso siendo pluralista, aunque muchas personas todavía continúen siendo siéndolo con los parámetros antiguos tradicionales.

Somos miembros de esta sociedad nueva, con esta epistemología diferente, con esta cultura pluralista, y no podemos vivir nuestra religiosidad sino dentro de esa epistemología. Ni nosotros, ni nuestros contemporáneos más conscientes -sobre todo los jóvenes-, podemos pensar ni compartir una visión teológica elaborada sobre parámetros sobrepasados, que van quedando obsoletos. Nuestra experiencia religiosa sólo puede expresarse dentro de nuestros modos de pensar, sobre la base de la epistemología

actual -no de otra ya desaparecida-, y dentro de nuestra nueva visión pluralista.

Hoy nos parece obvio que como respuestas humanas que son al Misterio de la existencia, todas las religiones merecen una evaluación positiva en principio. No, las religiones no son iguales, ni dicen lo mismo; son muy diferentes y dicen cosas muy diversas; pero globalmente todas son maravillas admirables que el Misterio ha suscitado con su presencia en el espesor cultural concreto de cada uno de nuestros pueblos. Por principio, todas las religiones merecen el máximo respeto, la veneración estremecida ante el destello de la Divinidad que en cada una de ellas se refleja. Todas son caminos de verdad, instrumentos de Dios a la vez que realizaciones humanas, llenas de inspiración y creatividad. Creemos, por principio, que debemos dar a las demás religiones, a las religiones de los otros, la misma presunción de legitimidad, dignidad y sinceridad que reivindicamos para la nuestra. Todo ello, sin embargo, no niega el realismo de que, como respuestas humanas que son, ubicadas en una cultura y en unas condiciones concretas, también tienen sus limitaciones y pueden ser utilizadas para fines contradictorios con su propia naturaleza.

Más aún: no sólo a las religiones les otorgamos de antemano esta consideración y el respeto de su dignidad, sino también a la increencia, a la carencia de religión, a las opciones pluri-inter-espirituales, así como a la espiritualidad laica. Son igualmente espirituales, dignas y legítimas, realizadoras y salvadoras de la existencia humana.

Es una visión pluralista, que acepta sinceramente y con todas sus consecuencias, la biodiversidad religiosa, la ierodiversidad, en la que, como en la biodiversidad natural, ninguna forma agota la realidad ni tiene el monopolio de la Vida. Ninguna religión, ninguna posición religiosa u opción espiritual tiene el monopolio de la relación del ser humano con el Absoluto; todas lo buscan, y probablemente todas lo encuentran, a su modo y medida, y ninguna lo agota ni lo monopoliza.

En un lenguaje teísta diríamos que Dios, el Deus semper maior, es más grande que lo que pensábamos... Lo habíamos convertido en «nuestro Dios», el de nuestro pueblo, nuestra raza, nuestra cultura, nuestros intereses, nuestra verdad única... Hoy, primero con sorpresa y luego con regocijo, hemos descubierto que

nosotros no somos los únicos, ni sólo nosotros somos el pueblo escogido para salvar al resto de la Humanidad... sino que todos los pueblos lo son. Dios no ha abandonado a ningún pueblo, ni tiene acepción de personas ni de pueblos ni de culturas, ni ha dejado a ningún sector de la Humanidad en situación gravemente deficitaria de salvación... Nos así recuperamos de un equívoco que nos hizo caer en un complejo de superioridad, en una visión infantil e inmadura, que sólo hoy, a estas alturas de la historia, podemos superar, con gran alegría.

Desafíos del pluralismo para las religiones

Pero sabemos que no es fácil cambiar de visión, realizar esta transformación de nuestra mentalidad, la adoptando la nueva conciencia planetaria y pluralista de nuestras sociedades hodiernas. Muchas personas, sectores enteros de la Humanidad, permanecen en la vieja conciencia, o mantienen dividido su modo de conocimiento, pluralista y planetario para las realidades diarias, y tradicional y exclusivista en lo religioso. Las instituciones religiosas y sus jerarquías, por su parte, y quienes trabajan con ellas, se sienten fuertemente condicionados por los intereses que toda institución tiene, como confirma la sociología. No es buen lugar la oficialidad religiosa para reflexionar libre y sinceramente. Como probablemente también quiso decir Jesús, «sólo la libertad nos hará verdaderos»: sólo cuando nos libremos del miedo al cambio, del temor a lo nuevo, de las ataduras de lo obsoleto, de los intereses institucionales y hasta económicos... sólo entonces podremos reconocer la verdad, la nuestra y la ajena, toda la Verdad, a la que la Humanidad trata de acceder esforzadamente por los muchos caminos de Dios... Son los miembros de base de las distintas religiones, los pensadores libres, el pueblo creyente, quienes deben empujar y exigir a sus jerarquías esta transformación, organizando autónomamente incluso, si fuera necesario, el diálogo y la cooperación de las religiones.

Sabemos también que influye negativamente una cierta «decepción» que puede acompañarnos al abandonar la visión tradicional de la que venimos, en la que se nos enseñó y durante mucho tiempo estuvimos sinceramente pensando que nuestra religión ocupaba el centro del espectro religioso, y que ocupaba todo el campo, porque las demás religiones no eran sino sucedáneos o participaciones de la nuestra... Para muchos, en las diversas reli-

giones, puede parecer en principio una decepción el pasar a considerar que su religión es una religión particular, junto al resto de las religiones de la historia, forzada por los hechos a convivir, a entenderse y a colaborar con las demás... Pero, quien mire con detenida atención y con ojos nuevos, podrá descubrir una nueva visión de la realidad, muy diferente, más lógica, menos elitista, más justa y fraterna. Lo cual no es decepcionante, sino entusiasmante.

El principal desafío radica en la transformación profunda que han de experimentar muchos de los elementos fundamentales de nuestra visión tradicional, que ya no encajan en la nueva conciencia planetaria, ni resultan inteligibles en sí mismos. Como hemos dicho, las religiones formaron todo su patrimonio simbólico en el tiempo de la epistemología anterior, y llevan esa huella en todas sus elaboraciones: sus símbolos, sus mitos, sus ritos, su teología... De modo que para pasar a ser apta para un creyente en sintonía con la mentalidad planetaria pluralista de nuestra sociedad, la mayor parte de esos elementos deben ser reformulados, recreados incluso, dentro del marco del nuevo paradigma epistemológico pluralista. Es preciso entender de un modo nuevo realidades como la revelación, la elección, la misión, la salvación... y muchos otros. Las religiones que oficialmente están instaladas todavía en el exclusivismo -o en su forma suave, el llamado «inclusivismo»-, necesitan releerse pluralísticamente, re-elaborar su autocomprensión desde esta nueva perspectiva. Y sólo cuando hayan realizado esta autotransformación interna, este «intra-diálogo» o diálogo consigo mismas, sólo entonces estarán en capacidad de dialogar inter-religiosamente con las demás religiones, en condiciones para entenderse a sí mismas como religiones hermanas llamadas a colaborar en la misma misión, no su misión, sino la *missio Dei*, la misión que Dios mismo querría vernos realizar para con el Cosmos y su Humanidad.

Nuestra nueva «visión», incluyendo en ella lo que tradicionalmente hemos llamado «teología», deberá ser una visión o teología pluralista, en todos sus aspectos y en todas sus ramas. Es toda una tarea pendiente, necesaria para que el grueso de nuestras poblaciones religiosas cambien de visión y puedan adoptar una postura no exclusivista ante los problemas de la Humanidad y del planeta, distinta de la posición tradicional todavía actual de rivalidad y de división. Las religiones hasta ahora, mayoritariamente, han dividido y todavía dividen a la humanidad; necesitamos

una nueva visión, pluralista, que haga que las religiones unan a la Humanidad en vez de dividirla, una visión que realice el milagro de convertirlas en colaboradoras entusiastas de la búsqueda del Bien Común Universal.

Como ya hemos dicho, con el acceso a esta nueva etapa planetaria y pluralista, el ser humano ha cambiado, es distinto, se entiende a sí mismo de otro modo, conoce y piensa de otra manera, y su misma religiosidad ancestral ha cambiado, y continúa transformándose: ya no van a ser posibles las religiones que no quieran acomodarse a esta transformación, o las que prefieran morir en la fidelidad a la repetición de sus principios ya superados, ni las que quieran seguir imponiéndole el tipo de religión que ellas han sido en los milenios pasados. Sólo las que tengan la humildad suficiente para aceptar las exigencias de esta renuncia, seguirán siendo útiles al ser humano y sobrevivirán.

No obstante, hay lugares y regiones en los que estos planteamientos pluralistas están ya fundamentalmente asimilados, al menos de un modo práctico, y sus problemas se sitúan más bien en la perspectiva de la laicidad, pos-religiosa, en la búsqueda de colaboración no ya entre las religiones sino entre todos los grupos y movimientos humanos, más allá de su religión, en una perspectiva incluso pos-religiosa. Es una situación nueva que merece una reflexión propia, aparte.